

No le faltaba nunca aliento para las Juventudes Tradicionalistas. Y nos honró con su última colaboración escrita en un artículo para nuestra revista *La Santa Causa*, sobre el Carlismo y el origen del poder. Nunca nos faltaba tras la publicación de cada número la carta de Rafael Gamba de su puño y letra —apenas vacilante en sus últimas misivas— alentándonos y felicitándonos y sugiriendo temas y directrices. La última de ellas, sellada el día 8 de octubre concluía diciendo: «Seguid así, que lo bueno triunfará y prevalecerá». Eran las sabias palabras de un gran carlista, maestro de la Tradición al que no faltará sitio en el Reino de Dios y con cuyo trato y magisterio tanto nos hemos lucrado.

«Porque yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Y desde ahora me aguarda la corona de la justicia que aquel día me entregará el Señor, el justo Juez; y no solamente a mí, sino también a todos los que hayan esperado con amor su Manifestación» (2 Tim 4, 6-8).

VÍCTOR IBÁÑEZ

IV

RAFAEL GAMBRA Y EL SENTIDO DEL TIEMPO

Como para todos los aquí presentes, Rafael Gamba ha sido para mí un maestro y un amigo. Y resulta difícil encontrar un equilibrio entre lo que uno quisiera decir para exteriorizar sus sentimientos personales hacia el amigo, y lo que uno quisiera decir para transmitir y proclamar lo aprendido del maestro.

Tal vez resulte chocante que yo encuentre hoy ese punto de equilibrio entre lo personal subjetivo que uno quiere exteriorizar y lo doctrinal objetivo que uno quiere transmitir... en una serie de televisión.

Y sin embargo lo hago porque, en mi recuerdo personal, se produjeron simultáneamente tres fenómenos, y los guardo con ese especial cariño que corresponde a las evocaciones de la primera juventud.

Uno, mi conocimiento personal de Rafael Gamba, de su sencillez, de su exquisita cortesía, de su amabilidad y su afecto.

Dos, el deslumbramiento ante su obra. Y digo deslumbramiento porque sus páginas eran (y siguen siendo) verdadera luz sobre las cuestiones más importantes de la vida.

Y tres, que justo al tiempo en que iba devorando, estudiando, subrayando y meditando por primera vez cuantos libros de Rafael Gamba caían en mis manos, me pareció ver plasmados aquellos principios y aquella doctrina en una serie televisiva norteamericana que a la sazón emitía Televisión Española. Hablo de los primeros meses de 1981, y confío en que algunos de ustedes, aunque hayan pasado 23 años, la recuerden todavía.

La serie se llamaba *Centennial*. Era una producción de la NBC basada en la novela del mismo nombre de James A. Michener, y contaba con un reparto de lujo que aunaba viejas y futuras glorias de la televisión y del cine: Raymond Burr (intérprete de *Perry Mason*), la bellísima Barbara Carrera, Richard Chamberlain (protagonista de la lamentable *El pájaro espino*), Richard Crenna (el jefe de Rambo), Timothy Dalton (que hizo de 007... sin mucha fortuna, por cierto), Mark Harmon (el joven de *La Guerra de las Galaxias*), David Janssen (*El fugitivo*), Robert Vaughn (*Los protectores*), Stephanie Zimbalist (*Remington Steele*), Dennis Weaver (el célebre detective McCloud), etc.

La historia que narraba *Centennial* explica la importancia de este elenco de primera figuras, porque, con ese patriotismo que los norteamericanos nunca esconden, se trataba ni más ni menos que de un homenaje a la historia de los Estados Unidos durante casi dos siglos, vista esa historia desde la óptica de una familia que se asienta en los territorios de Colorado al poco de la independencia, en 1795, y por la cual pasan hasta nuestros días todos los grandes eventos que van dando forma a la nación.

Pero lo hermoso de la narración a la que asistíamos en *Centennial* —y éste es el punto de engarce con la obra de Rafael Gamba—, lo hermoso de aquella serie de televisión, repito, es que asistíamos a la lenta evolución de las personas, las costumbres y los lugares, asistíamos a una urdimbre entre lo personal y lo colectivo, entre los avatares familiares y los grandes momentos políticos y sociales de la nación... y asistíamos a todo ello, desde la perspectiva del tiempo como factor de arraigo y de agregación social, y por lo tanto como factor fundante de la comunidad política.

Y todos los que hemos leído a Rafael Gamba y nos hemos enamorado de sus textos, sabemos hasta qué punto ese principio es fundamental en ellos.

Ante todo, como factor existencial. «El tiempo que has empleado en cuidar tu rosa es lo que hace a tu rosa importante para ti»: esta frase, que Gamba toma de *El Principito* de Saint-Exupéry, y glosa como no lo ha hecho nadie nunca, es asimismo la esencia de dos libros tan coincidentes en su fondo político como *El silencio de Dios* y *La monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional*. Y es también la esencia del tradicionalismo como doctrina, que no valora las cosas, las personas o las instituciones sólo porque sean antiguas, sino porque su antigüedad es la prueba de que nos pertenecen o —todavía más— de que les pertenecemos.

Éste era el gran argumento sociológico (no hablaremos ahora de los dogmáticos) por el cual nuestro querido maestro y amigo defendía la unidad religiosa católica de España. No se puede dar ni un solo paso (ya sea un paso físico, ya sea un paso espiritual o cultural) por nuestra patria sin «toparnos con la Iglesia» (por usar la expresión quijotesca) de forma casi monocromática. Así que, ¿cómo no darle a ese hecho una trascendencia política, en cuanto esencia y fundamento de la comunidad? ¿Cómo vamos a transformar una identidad

católica fundante y militante, en una mera «inspiración cristiana» de individuos particulares a quienes los votos situaban momentáneamente al frente de las instituciones de un Estado laico, sin que al hacer esa transformación rompamos la continuidad en el tiempo que nos ha hecho nación?

Y lo mismo vale para la monarquía, el otro gran principio político de un carlista como fue Rafael Gambra. El sentimiento profundo y arraigado de que la fidelidad al rey de los hombres de una época es la misma fidelidad de sus antepasados a los antepasados del rey, fue el que creó ese especial vínculo personal e íntimo entre el pueblo español y su régimen monárquico familiar, vínculo en el cual Gambra veía (y no en la traslación del absolutismo francés ni en las propiedades curativas del dedo divino de sus monarcas), la característica propia del sistema político español.

Y me dirán ustedes: ¿y todo esto lo veáis tú en una serie de televisión sobre un país que hace principio político de su neutralidad religiosa absoluta, y bandera de la democracia?

Pues sí, lo veía. Porque mientras en las páginas de mi maestro y amigo encontraba la justificación intelectual y filosófica, del proceso natural de constitución de las sociedades humanas en torno al arraigo y la permanencia, en torno a signos, símbolos y realidades que crea el tiempo y no pueden deshacerse por el capricho de una generación (de la figura del «insensato», que menciona Gambra en *El silencio de Dios*), al mismo tiempo, en la pantalla de televisión, iba viendo plasmado un ejemplo histórico concreto de esa creación comunitaria gracias a las posibilidades de aceleración panorámica del tiempo que permite el Séptimo Arte. Al fin y al cabo, estamos hablando de un proceso psicológico que enraza al hombre con su entorno físico, con sus semejantes actuales, y con sus ancestros. Y eso no depende de países ni de regímenes políticos, sino de la naturaleza humana común, que vive —como vivía la prosa de Rafael— anclada en la nostalgia, la evocación y la poesía.

Para que la nostalgia, la evocación y la poesía no se conviertan en sentimientos decadentes y paralizantes, sino que sean principios efectivos de acción, tenemos que poder reconocernos en nuestro pasado. En ese pasado que sobrevive y tiene virtud para hacerse futuro, como definía Víctor Pradera a la tradición.

Cuando la madre de familia fundadora que había llegado a suelo norteamericano décadas antes echaba la vista atrás y recordaba los antepasados que, allí enterrados, habían sembrado la semilla de la patria; cuando miraba el campo alimentado con la sangre de sus hijos en la batalla o con el sudor del trabajo diario durante tres generaciones; cuando miraba los edificios construidos donde un día sólo hubo un solar, levantados con el esfuerzo de todos, y veía corretear a los nietos que, un día, harían idéntica evocación que ella para descubrir la continuidad de una familia y de un conjunto de familias en torno a un objetivo común y a unos símbolos comunes... al meditar en todo ello,

decía, esa madre fundadora estaba levantando testimonio del nacimiento de una nación. Y estaba dando razón del orgullo de su pertenencia a ella.

El tiempo como factor fundante de la comunidad, pues. Somos lo que fuimos, y somos porque fuimos, y cuando la unidad de España, y por supuesto su misma constitución religiosa, está viviendo un momento especialísimamente delicado a raíz de los acontecimientos terroristas y sus consecuencias electorales de las últimas semanas, no estará de más que lo recordemos.

Y así queda explicado –y ésta es la confesión personal de este homenaje político– por qué nunca puedo separar en mi recuerdo aquel *Centennial* de mi juventud televisiva, de aquel Rafael Gamba de mi juventud lectora.

Y termino parafraseando esa idea para él tan querida de la rosa de *El Principito*: el tiempo que hemos pasado con los libros de Rafael, y ante todo y sobre todo el tiempo que hemos pasado en su incomparable compañía, es lo que le hace tan importante para nosotros (y por eso estamos aquí). Porque ese tiempo es asimismo fundante, nos constituye tal y como somos, y hace que el maestro y el amigo siga presente, no en nuestro recuerdo, sino en nosotros mismos.

CARMELO LÓPEZ-ARIAS MONTENEGRO

V

FIDELIDAD A LOS PRINCIPIOS Y LEALTAD A LAS PERSONAS RAFAEL GAMBRA EN MI PERSONAL «CAMINO DE DAMASCO»

Hace algo más de cuarenta años leí por primera vez un libro de Gamba. Ciertamente fue por obligación, porque se trataba del texto de la asignatura de Filosofía que se nos exigía en el bachillerato superior. No es que me encantara, pero lo encontré desde entonces tan interesante y clarificador que, concluido el curso, pedí a mi padre que en vez de pasarlo a los hermanos que me sucedían, como era costumbre, me permitiera conservarlo para mi incipiente biblioteca. Aún lo conservo como una joya.

Recuerdo que volví a ver su nombre en los primeros años 60, en la revista *Montejurra*, pero mi predisposición fue no prestarle demasiada atención, porque aquellos papeles eran armas arrojadas que a la sazón usaban contra mí algunos compañeros carlistas que se desesperaban sin comprender cómo yo con mis convicciones tradicionales –en muchas ocasiones mejor fundamentadas y más consecuentes que ellos– rendía pleitesía apasionada a una dinastía liberal. Yo era el socio benjamín del Círculo Balmes de Las Palmas de Gran Canaria, y siempre estuve dispuesto a partirme la cara con los compañeros o a jugarme con los profesores las notas de la asignatura *Formación del Espíritu Nacional*